



Sombras, nada más...



Antonio Di Benedetto

Sombras, nada más...

La Feria del Libro permite
buenos hallazgos intelectuales...
pero no artísticos, el mundo
del tamaño y la calidad
de los trabajos retrospectivos de
Ernest Hemingway, un
ocedente nuevo a unigo



Alianza Editorial

L.C.A.B.A.	
Nº DE INVENTARIO	36941
UBICACION	18-12-25
INGRESO	13-4-18
MATERIA	foto y dibujo D

Antonio Di Benedetto

El Gran Premio de Honor y un "Nunca Más" sin olvido

Por Orlando Barone

Exclusivo de La Razón

SEGURAMENTE hoy dará más las gracias de estar vivo que de ser celebrado con el Gran Premio de Honor de los escritores. Y aunque sienta como muy pocos seres privilegiados el valor de la imaginación y del sueño, también tiene que saber como hombre hasta qué punto es imposible el olvido. Durante más de un año, entre 1976 y 1977, fue encarcelado por algo que él nunca supo de boca de sus verdugos y que sospecha vagamente: "Tal vez no les gustó mi periodismo, yo tenía responsabilidad directiva sobre el diario...". Se refería a "Los Andes", de Mendoza, del que era subdirector aquel día en que se lo llevaron y lo golpearon, y lo ubicaron en ese umbral del terror que él al salir definió con relaciones literarias: "... yo allí era un discípulo de Ionesco, de modo que tenía afirmado el sentido del absurdo, así que aceptaba el sufrimiento sabiendo que el absurdo me había atrapado". Alguna otra vez citó a Kafka y a Dostoievsky: pensando en los laberintos de la sinrazón o en que el hombre nació para la destrucción y el espanto. Su destino de perseguido se convirtió —junto al ya irreversible destino de Haroldo Conti— en arquetipo del miedo que genera un intelectual a los obsesos del poder y de la noche.



Pasó bastante tiempo de eso y él ahora que ha vuelto, distinto y más viejo, se ha abroquelado en su trinchera de sueños de la que sacará todavía otras "Zama", aquella novela que mereciera este juicio de Ezequiel Martínez Estrada: "Esta obra lo coloca en la primera fila de los grandes". Los escritores —los grandes— saben que lo es; lo saben aunque no sea él precisamente uno de esos frequentadores del show ni del cotorreo, porque sabe las diferencias entre el artificio y el arte: "Hay libros para hoy y libros para siempre", dijo más de una vez. Con "El juicio de Dios" y "El silenciero", que le valieron premios y traducciones, el probó de qué lado estaba sin necesidad de artificios.

Hay muchas clases de escritores; la clase de la que es él lo incapacita a bailotear en escenarios mundanos, en los que la literatura debe disfrazarse para ser aceptada y donde los escritores acaban gozando su egomanía antes que su obra. Su estilo es austero. No

hace de eso un mérito sino una condición natural como la del aire que respira. Tal vez ese distanciamiento del show le venga de su largo oficio periodístico: "Un periodista es un tipo que tiene una manía de servicio hacia los demás... somos una especie de pequeños héroes miserables al servicio de los otros". Es curioso: hace años, cuando empezó, confesaba que aspiraba a ser político o profesor. Esa actitud no es ajena a su infancia: su padre "el boticario" de un pueblo, Bermejo, era generoso y solícito y un monumento lo recuerda en la plaza del Buen Vecino. Ahora la Sociedad Argentina de Escritores lo celebra a su hijo por motivos distintos, aunque no tanto. El arte, que nació de una inmersión individual multiplica sus efectos sobre los otros. Por supuesto es muy probable que los carceleros del 24 de marzo de 1976 lo ignoraran; pero no el premio Nobel Heinrich Boll, cuando reclamaba "por este escritor detenido sin juicio ni proceso", recordando que también en su Alemania la palabra justicia fue transformada en mentira. No fueron menos sus pares argentinos que haciendo tripas su orgullo le rogaban al excelentísimo señor presidente Videla "para salvar a una de las glorias de las letras argentinas". En septiembre de 1977, Di Benedetto fue puesto en libertad y pasó 7 años en el exilio.

Sombras, nada más...

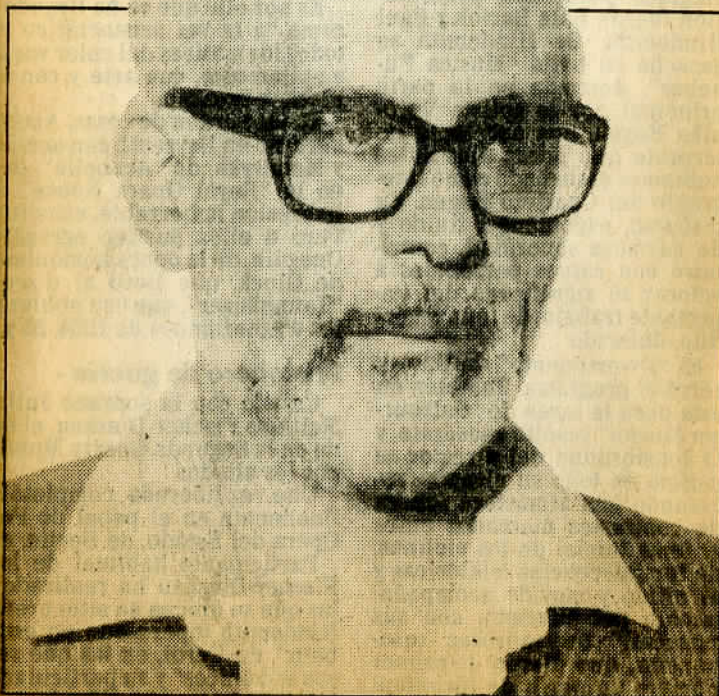
Por ANTONIO
DI BENEDETTO

Allianza Literatura,

Buenos Aires, 254 páginas

Al margen de la actividad periodística —en algún tiempo *modus vivendi*; en otros motivo de padecimientos, atropellos, inicuas persecuciones y exilio—, Antonio di Benedetto ha ido desarrollando constante labor de creación literaria, centrada en el género narrativo. Doce libros integran su producción, cuyos reconocidos méritos le han valido importantes premios nacionales e internacionales. Series cuentísticas, como *Mundo animal* (Premio Municipal de Mendoza, 1952), *Grot* (Premio Regional Ministerio de Educación 1954/1957 y Premio D'Accurzio, 1956), *Declinación y ángel* (1958), *El cariño de los tontos* (1961); y novelas como *El pentágono* (1955), *Zama* (1956) (Premio de Roma "Italia y América Latina" 1979), *El silencioso* (1962) (Premio "Fiesta de las Letras, Necochea, 1963/1964) y *Los suicidas* (1975) constituyen algunos de sus títulos más difundidos y origen de parte de los lauros cosechados en casi treinta años de tareas literarias. Sin olvidar que sus obras han sido traducidas al alemán, francés, italiano, inglés, polaco y otras lenguas y que *Zama* y el cuento "El juicio de Dios" se hallan en proceso de filmación.

Una característica, tempranamente advertida en los textos de este narrador mendocino, finca en el sentido experimental e innovador de su escritura que lo ubica como precursor de novedades estilísticas y estructurales, después "inventadas" por otros y exitosas en Europa. Por ejemplo, con *Declinación y ángel* anticipa enfoques del "objetivismo" que posteriormente difundirán Robbe-Grillet, la "novela de la mirada" y los criterios "cosificadores". Precisamente, cuando se publica, en Mendoza y en edición bilingüe, encabeza la misma un prólogo del inolvidable Luis Emilio Soto que describe el "discurso" de ese cuento como avanzado y experimental, al tiempo que subraya el hecho de que las narraciones de ese volumen desdénan lo fácil y rehuyen las recetas para el éxito. Además, con criterio que mantiene plena vigencia, observa: Di Benedetto "apunta a la visión pristina y a



Antonio Di Benedetto

la versión directa de las cosas, exentas de acarreo literario. Sus búsquedas responden al acierto del escritor de vocación, siempre en guardia contra la retórica, sin excluir la que se enmascara para pasar de contrabando".

La observación cuadra perfectamente para aplicarla a *Sombras, nada más...* última novela de Di Benedetto. El autor sigue fiel a sus búsquedas y al sentido experimental con que tesoneramente aborda la creación propiamente dicha.

En sus páginas mezcla lo observado en el mundo exterior y las introspecciones que desnudan recovecos de su mundo interior. En este caso, la organización narrativa no responde a un itinerario prefijado ni a un desarrollo lineal.

Todo cuaja en autenticidad; todo se ha volcado con espontaneidad e inmediatez, según afloran antiguas vivencias, recuerdos, logros o frustraciones.

La despersonalización priva. Ni siquiera el narrador-protagonista, oculto bajo el enigmático y equívoco apelativo de Emmanuel. No obstante, el lector que conozca la trayectoria literaria y profesional del autor o su azarosa biografía, tal vez pueda deslindar cuánto de

autobiográfico y cuánto de ficción incluyen las secuencias del texto novelesco tras la voz de Emmanuel. Para verificarlo baste este detalle: en un reportaje aparecido en 1974 en la

revista *Crisis* N.20, Di Benedetto contó un episodio de su adolescencia referido al viaje que, con un tío, hizo a Buenos Aires. Comentó allí la impresión que le causó ver funcionar las rotativas del diario *Crítica*. Despersonalizado, el recuerdo reaparece en *Sombras, nada más...* revivido por Emmanuel, aunque sin siquiera mencionar el nombre del diario.

Como este, abundan elementos semejantes, todos fundidos en una especie de magma que, pese a su apariencia amorfa y caótica, el lector puede decodificar y, con el desciframiento, reordenar en otro nivel de lectura textual. En estilo alucinante juega, pues, lo autobiográfico y lo ficcional, realidad y sueños insertados en el cauce de la dinámica narrativa: unas veces por medio de asociaciones coherentes, otras por asociaciones erráticas; algunas por recurrencias a lo onírico y lo desrealizado; las más por conexiones distantes o aparentemente absurdas. La lucidez y el delirio conviven con ensueños y proyectos concebidos en

atormentadas duermevelas. Lo presentado y lo alcanzado se funden en una voz narrativa de rara instrumentación que participa de lo fantástico y de lo realista, sin faltar toques macabros. El fragmentarismo y lo elíptico operan como otros tantos signos de la comunicación secreta que desea y logra establecer el autor.

En el curso narrativo de *Sombras, nada más...*, así como los tiempos se superponen y se interfieren las edades, también las localizaciones espaciales aparecen sumamente cambiantes. La instalación de lo narrado pasa de un país a otro, de un continente a otro. No obstante, son reconocibles las referencias a lugares de la Mendoza natal del autor; las vivencias de sus pasos por diversos países europeos y latinoamericanos así como la de su instalación en New Hampshire como usufructuario de una beca de la fundación Mac Dowell. Aunque todo se dé como en visión borrosa, difusa, fantasmal y alienante.

Dentro de un logrado carácter experimental, *Sombras, nada más...* confirma las dotes de narrador peculiar que caracterizan a Antonio Di Benedetto; así como alquitaradas inserciones metanovelescas refirman que, aunque heterogénea y caótica, esta novela nació así por decisión del autor. Por ejemplo, declara: "Trata de reencontrarse (el narrador) con aquel periodismo que lo cultivó, penuria que en el futuro, al narrarla, habrá lectores que lo acompañen" (pág.31).

Les advierte, también, que "apela a su conciencia deformante" (pág. 41) y que "no quería enredarlos con más fantasmas" (pág. 45). Además —y ésta resulta buena autodescripción de la obra— les aclara que ha elegido una forma de narrar, "una forma que amasa en un solo pan las invenciones y las realidades vividas o fingidas, los factores del inconsciente y de los sueños, con el presentimiento de que estos últimos puedan llegar a reproducirse y a desarrollarse" (pág.67).

Novela de estructura inusual, su condición fragmentaria no obstaculiza el *continuum* de la narratividad que el lector recompona al instalarla en su mente y temporalidad, ya que en la relectura, además, podrá rescatar las claves metanovelescas esparcidas por el autor. Aunque de ardua lectura, *Sombras, nada más...* tiene asegurado importante destino en la novelística argentina contemporánea.

Raúl H. Castagnino

Señor Director:

"En LA NACION, sección bibliográfica, del 12 de mayo, se me ha incriminado por usar la expresión «a por» en mi reciente novela «Sombras, nada más...». El comentario es de una conocida escritora y pretendo ejercer el derecho de defensa, para lo cual solicito la publicación de estas líneas.

"En España, donde por fuerza de las circunstancias vivi desde 1978, advertí en el habla y en la escritura la habitualidad del empleo de esa frase preposicional. Así por ejemplo en páginas de José Luis Castillo Puche. El tema fue motivo de análisis, entre argentinos becados por el Instituto de Cooperación Iberoamericana acogidos por el Colegio Mayor Argentino de Madrid mientras cursaban el doctorado en Letras. Consultaron a profesores que eran o son miembros de la Real Academia. Volvieron con esta información: «No se debe asociar dos preposiciones», lo que me provocó esta réplica: «Sin embargo es de curso legal 'corría por entre los árboles' y lo es 'retiró el vaso de sobre la mesa'».

"Hace unos meses, comenzaron a aparecer los fascículos del Diccionario Manual e Ilustrado de la Lengua Española que en la página 1 permite leer: «A por: A instancias mias». Es decir, la validación por el juez supremo de nuestro idioma. "Y el «Esbozo de la Nueva Gramática», también de la Academia, publicado en 1973, y ya antes, en 1960, en el «Diccionario Histórico de la Lengua», con una amplia gama de acepciones, respaldan su habitualidad.

"Más cerca, una consulta con el doctor Petrecca, de la Academia Argentina de Letras, redundó en la obtención de abundante material confirmatorio, como un artículo de don Julio Casares, que fue secretario perpetuo de la Real Academia. Se titula «A por» es de 1918 y su autor concede a la expresión suficientes títulos como para considerarla digna de la lengua escrita y culta, sin dejar de reconocer su origen popular. Apabulla con ejemplos de autoridades, por los cuales se sabe que usó «A por» don Miguel de Unamuno, a quien nombra como «ilustre humanista, pensador fuerte y original poeta a ratos, ex rector, por más señas, de la Universidad de Salamanca».

"Por si Unamuno no bastara, añade ejemplos de Azorin y se remonta a Gonzalo de Berceo, ya que «el humilde juglar»...rimaba sus versos candorosos por la cuaderna via con "por y a" que gustaban de verse juntas». Casares cerraba su artículo de «Crítica efímera» estableciendo: «Creo pues que ese «a por» ha venido a llenar un vacío, como dice la gente fina, y aquí me estoy, no aperci biendo a la defensa, como puede hacerlo Unamuno, sino resignado a escuchar los improperios de los hablistas pacatos y de los escritores relamidos."

Antonio Di Benedetto
Escritor
Apartado de Correos 58
Sucursal 48 (B)

Alianza Editorial Argentina S. A.

Tiene el agrado de invitarle a la presentación del libro de Antonio Di Benedetto: "Sombras nada más".

Presentará el libro la Prof. Graciela Maturro y el autor.

El acto se realizará el martes 2 de julio a las 20,30 hs. en la Sala "C" del Centro Cultural General San Martín, Sarmiento 1551.

Buenos Aires, junio de 1985.

más de ciento cincuenta narraciones, una obra caracterizada por una gran originalidad y solidez. SOMBRAS, NADA MAS..., resumen y culminación de esa brillante trayectoria literaria, funde realidades verdaderas, sentidas, temidas o anheladas y entreteje los espectros del amor, la pasión, el poder, el periodismo, la ambición, la cárcel y ciertas frescas imágenes de juventud. La materia prima de la novela son los sueños, unos realmente soñados y otros inventados pero siempre sujetos a esa peculiar sintaxis que combina la incoherencia, la arbitrariedad, la interrupción y el salto brusco. Los sueños realmente soñados corresponden principalmente a la vida del autor en New Hampshire, en un bosque y una cabaña de piedras y leños; y los sueños inventados son las bisagras destinadas a articular la continuidad novelesca y a lograr una atmósfera uniforme dentro del diseño de labrar, por escrito, una vasta ensoñación.

DI BENEDETTO

FINAL DEL JUEGO

por Jorge Lanata

La muerte sorprendió a este escritor mendocino —reparado entre bombos y platillos y proclamado como uno de los grandes de la década del cincuenta— tapado por la burocracia y la pobreza. Paradójicamente, Di Benedetto murió cumpliendo el destino de uno de sus personajes, Diego de Zama, novela que había dedicado "a las víctimas de la espera".



El espejo es un ojo: lo miramos, nos miramos y él nos ve, nos está mirando.

Antes de que cerrara la puerta del baño del avión, el espejo del botiquín lo atrapó en un gesto. Le molestaban los ruidos, el zumbido atemporal del vuelo. Por un momento se divirtió pensando que, tal vez, el avión fuera una gran cocotera inmóvil que atravesaba el tiempo. Después caminó tambaleando hacia el oriente y cambió sonrisas con una pareja de turistas brasileños. Trató en vano de concentrarse en la lectura. Octubre de 1984, dice el ejemplar arrugado de *El país* que vuelve a caer sobre su falda.

Pensó en su hija, de algún modo ambos habían sido víctimas de la espera.

—¿Español? —pregunta alguien en el asiento de al lado.

—No. —responde, y desiste de iniciar la charla.

Un altoparlante dice que en una hora harán escala en Río, en el aeropuerto de El Galeao. Se pregunta si una hora será suficiente para responderle a su compañero de ruta. O acaso cinco, las horas que faltan para llegar a Buenos Aires. Quizá en cinco horas pudiera contarle que estuvo los últimos siete años en Madrid, sin poder escribir, preguntándose porqué un 24 de marzo de 1976 comenzó a temerle a su suerte. Podría empezar la charla diciéndole:

—No, soy argentino. Yo era subdirector del diario *Los Andes*, de Mendoza, tal vez lo conozca.

No. No tenía sentido. Quizá un comienzo más mordaz:

—No, soy argentino. Fijese que curioso, hasta el día de hoy desconozco por qué me secuestraron. Tal vez haya sido por una mujer lo que, de ser así, al menos convertiría en líricos aquellos meses de muerte. Pero no lo sé con seguridad. Mujer o ideología, de todos modos hubiera sido cuestión de tiempo. Lo primero que hicieron al detenerme fue pisar mis lentes. Verá por su grosor que los necesito. Estuve más de un año detenido y sin poder leer.

A esa altura seguramente el interlocutor desearía estar en otro vuelo. Le gustó el juego, pensaba seguir así:

—Tuve, además, cuatro simulacros de fusilamiento. En La Plata Monseñor Primatesta le aseguraba a mis amigos que no podía pedir por un sólo desaparecido en particular, que la Iglesia pedía por todos. Finalmente gracias a Sábato, Mujica Lainez, Heinrich Boll, tuve la opción para salir del país.

El avión volvió a levantar vuelo y nuevamente el zumbido. Cuando miró a su lado, descubrió que su compañero de asiento había bajado en El Galeao.

Los pensamientos le impedían dormir. La voz de Nicolás Sarquís que le pedía que volviera a Buenos Aires, ahora que comenzaba a lograr en España un silencioso microclima de tran-

quilidad. El departamento de la calle Fundadores, en Madrid, iba quedando atrás tapado de libros, con todo a punto de ser acomodado desde hacía siete años. Falta de tiempo, o eventualidad, pero había comenzado a ser su lugar. El trabajo en la editorial científica, alejado del espasmo del periodismo. Y Nicolás y tantos que le pedían que volviera.

Las promesas eran para un tiempo incierto, pero de signos positivos, le había hecho decir a Diego de Zama, uno de sus personajes condenados a la espera.

Recordó que lo primero que hizo en septiembre del 77, al llegar a España después de la cárcel, fue ir a una iglesia. No era un católico practicante o al menos no lo era hasta ese momento, o hasta semanas más tarde cuando repitió la escena en Toledo y comenzó a incorporarlo a sus costumbres. Pensó en dos palabras: exorcismo y angustia. Y se preguntó qué sería lo primero que haría en Buenos Aires. No tuvo en realidad demasiado tiempo para responderse: ya había pasado la fila eterna de la Aduana y del otro lado aparecían caras conocidas. El resto fue confusión, fotografías, un par de abrazos y un respiro. Alguien, ansioso, hablaba de la recepción de la noche en el Teatro San Martín y Antonio Di Benedetto caminaba despacio por el hall del aeropuerto, evitando los espejos.

—Es el último —dice acercándose al teléfono e impostando nuevamente la voz. Las preguntas afables de las crónicas de radio se repitieron durante toda la tarde.

—¿Hablo con Antonio Di Benedetto, el escritor?

Los nombres de sus libros rebotaban en la liviandad de las preguntas: los periodistas elogiaban a Zama, *El silencio*, *Los suicidas*, con un tono casi familiar. Se pregunta si los habrán leído, y se regodea en el absurdo. Luego llamó el gobernador de Mendoza. Lo invitaban como huésped oficial de la provincia. Al colgar, quiso creer que todo había cambiado: el miedo, los años en Madrid con dirección desconocida, su teléfono desde el que llamaba pero que sonaba en contadas ocasiones. Todo había sido un mal sueño. Un mal tango. Esa noche, en el San Martín, la Sala AB estallaba desde temprano: hubo que pedir sillas a las salas vecinas y algunos estudiantes optaron por sentarse en el pasillo. Ricardo Piglia y Enrique Medina —que habían ido a esperarlo al aeropuerto— estaban allí. Todos estaban allí. Nicolás Sarquís, el estudiante de cine que allá por el sesenta y tantos había ido a verlo a Mendoza para proponerle la filmación de *Zama*; Casnati, el arquitecto, con el que soñó la casa que después tuvo que abandonar. La casa perfecta, aislada del ruido, con ventanas y contraventanas, con colores



chillones, sin garage; si aun ahora no había aprendido a manejar.

—Y altas autoridades... —anuncia una voz cuando Di Benedetto se sienta en medio del escenario. El escritor detesta los micrófonos, hace como si no existieran. La voz se pierde, y vuelve, y se acopla. Casi no habla del pasado. Anuncia con lágrimas que allí, entre el público, está su hija. Agradece. Habla sobre la noche. Sobre estos siete años. Habla después el resto de la extensa mesa: dicen que uno de sus cuentos "El abandono y la pasividad" antecedió en diez años a Robbe Grillet, dicen que obtuvo más de veinte premios, dicen también que Zama, finalmente será filmada, en menos de un año, en Paraguay.

Me llama y me pregunta si hay algo que no conseguí hacer aunque lo deseara mucho. Pregunto cuándo, y dice: "En cualquier momento de tu vida". Digo: *Dirigir películas, como las de Bergman*. El pasaje final de "Los suicidas" sobrevuela la mente del escritor. Piensa en la casualidad, y luego en el cine. Quiero decir, en la vida.

El corredor de gente lo lleva hasta el subsuelo del teatro: allí media docena de mozos disponen el comienzo de la recepción. Di Benedetto, debajo del escenario, hace lo posible por confundirse entre los invitados.

Una semana más tarde irá a Mendoza, como huésped de la Provincia. Dos puertas se le cerrarán; la casa de su ex mujer, que se declarará de luto cerrando todas las ventanas, y las oficinas del diario *Los Andes*, donde la llegada de quien fuera su director quedará silenciada. Pequeñeces aparte, el escritor vuelve a los pocos días a Madrid sólo para empaquetar sus libros de la calle Fundadores y volver definitivamente a Buenos Aires.

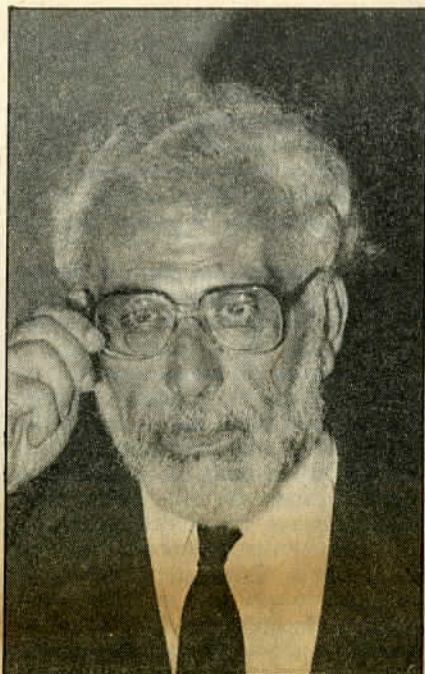


Foto: Ernesto Monte Avrao



Segunda parte de la espera:

Predecir: anunciar, presagiar, pronosticar, vaticinar. Le gusta jugar con las palabras. Se pregunta si aquella novela escrita en 1956, Zama, no será de algún modo un presagio sobre su propia vida. La historia de aquel funcionario anclado en Asunción, durante el Virreinato, esperando su traslado.

Todo demasiado llano, demasiado fácil. Pero yo le temía a mi suerte, había escrito treinta años atrás.

En enero del 84 la película había obtenido un crédito del Instituto Nacional de Cinematografía. Pero pasaron varios meses hasta la entrega del dinero. El tiempo burocrático se cumplió en mayo, y el monto se redujo de 120 mil dólares a treinta mil. La filmación quedó condenada a la espera.

Prosperidad significaba algo más allá de lo discretamente razonable: equivalía a lo buscado por ambición. Pero no era prosperidad lo que el escritor buscaba. En los meses que siguieron trató con discreción a las promesas: un cargo en la Secretaría de Cultura. Otro en el gobierno de Mendoza. O en la Dirección del Libro. Alguno llegaría.

Un par de sellos sobre un contrato le destinaban su salario como asesor de la Secretaría de Cultura: 170 australes, que, de todos modos, demorarían meses en acreditarse.

La eventualidad ahora no respondía a los aeropuertos sino a los alquileres. El escritor se resistía a pedir y llegó a evitarlo por el absurdo: imaginó un aviso que diría: "Periodista repatriado y desesperado anda buscando departamento en Buenos Aires". Consiguiera uno en Pueyrredón y Las Heras. Paralelamente, se le ofreció en la Casa de Mendoza un contrato para organizar su biblioteca: 150 australes al mes.

Diego de Zama llegaba todos los mediodías a la Casa de Mendoza y decidía refugiarse en la lectura de la agenda cultural de La Nación. De allí extraía posibles programas gratuitos que volcaba en libretas que una y otra vez volvía a perder. "Libretica nueva" anunciaba después del desayuno y nuevamente a anotar algunos restaurantes extraños, juegos de palabras, deseos, insultos a las veredas. Tenía dificultades para caminar. Las veredas eran para Zama un reflejo de lo que había padecido esta sociedad. Ciertamente dificultaban el paso de cualquiera, como el pasado dificultaba el paso de esta vaca ciega en que se había convertido la Argentina. Una voz impersonal le anunciaba del otro lado del teléfono que su puesto como Director Nacional del Libro tendría otro destino. No había aprobado la "prueba psicofísica". Pensó por un momento en repetir la conversación con su compañero de avión: había estado un año y medio

LOS LUGARES DE LA DEMOCRACIA

por Ernesto Sábato

Con la penosa muerte de Antonio Di Benedetto la literatura en lengua castellana pierde a uno de sus más valiosos exponentes. Muchos de sus cuentos permanecerán en la historia de las letras, y en particular su novela "Zama", porque va más allá de las vicisitudes de época para alcanzar, a través de la infinita posteridad, de las frustraciones reiteradas de los sueños esa trascendencia metafísica que caracteriza a los mejores escritores.

En los comienzos de la dictadura militar, por pura venganza personal de un Jefe de Policía, fue encarcelado y debió sufrir por largo tiempo las peores humillaciones físicas y espirituales. Algunas personas denunciarnos lo que sucedía, luchamos por su libertad, movilizamos personalidades en diferentes partes del mundo, obteniendo por fin su libertad y su salida para Europa, donde debió pasar amarguras de todo tipo.

Me duele que la democracia no le diese el honroso lugar que merecía. □

durmiendo en el suelo, o sobre un colchón mojado, privado de medicamentos y sin lentes.

No lo hizo.

Por razones presupuestarias, la Secretaría de Cultura dio por rescindido su contrato sin mayores explicaciones. Mirta Arlt ofreció su intermediación para que lo reincorporaran. El escritor se negó. Invocaba razones de dignidad.

Meses más tarde, caminando por Corrientes, se encontrará con Raúl Saint Mezar, secretario de la SADE:

—Ya no creo en los ángeles custodios asignados —le dice— hace tiempo que han desertado de mi lado.

El escritor comenzaba en Buenos Aires su segundo exilio.

Al igual que en Madrid, dejó de tener dirección. Sólo para algunos amigos. Como en Toledo, volvió a inclinarse ante el silencio de las iglesias; y a refugiarse en los sueños:

Yo era un animal enfurecido, rabioso. Ignoro qué animal, sólo sé que de cuatro patas y muy forzado. Necesitaba escapar y todo el obstáculo era una roca. La embestía, y en cada embestida me partía una herida más en medio de la cara. Seguí embistiendo ca-

da vez mas débil, más débil. Era, después, un hombre. Nada tenía ya por delante sino una extensión lisa donde estaban abolidas las necesidades. Sólo debía avanzar y avanzar. Pero tenía miedo del final porque, presumiblemente, no había final.

Treinta años después Diego de Zama, en su departamento prestado soñaba que cientos de ángeles negros le anunciaban la muerte. Despertó sobresaltado y se negaba a entender el timbre que sonaba intermitente. Finalmente abrió. Una delegación de la SADE le anunciaba que le otorgarían el Gran Premio de Honor. Todo parecía una broma.

El Día del Premio cruzó hacia la calle Uruguay cortando camino por la plaza Vicente López. Ya llegaba tarde al acto pero, sin embargo, entró a la iglesia que da sobre la calle Montevideo. Permaneció un buen rato parado, en silencio, y luego salió decidido a recibir el premio. Era el 13 de junio, fecha de la muerte de su padre y Día de San Antonio.

Nuevo contrato de la Secretaría de Cultura, que recién cobrará en agosto. El 17 de ese mes el escritor recibe un golpe cayendo de una escalera, mientras trataba de realizar un arreglo

doméstico. El lunes llega a su trabajo en la Casa de Mendoza con una herida en la cabeza:

—Un águila me ha dado un picotazo —dice, negándose a ir al médico, hasta que finalmente consiente en que le arreglen una cita, a la que falta para poder concretar un nuevo trámite en la Secretaría de Cultura. Horas más tarde sufre un ataque que le paraliza la boca y los miembros. El escritor es operado de un coágulo en el cerebro, y nunca recobra la posibilidad de comunicarse.

Durante su internación la SADE de Mendoza le concede el Doctorado Honoris Causa. El diario *Lqs Andes*, que había evitado hasta ese momento mencionar su presencia en el país, da cuenta de la internación.

Antonio Di Benedetto muere cerca de la medianoche del viernes 10 de octubre en el Hospital Italiano, víctima de un derrame cerebral.

“Escritor mendocino de trascendencia internacional”, titulan los diarios dos días después; pero para Antonio Di Benedetto la espera había concluido.

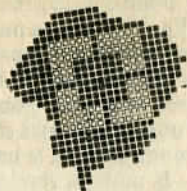
Informe Adriana Schettini

NR: Los textos citados en bastardilla pertenecen a las siguientes novelas de Di Benedetto: *Los suicidas*, *Zama*, *Anabella*, *El silenciero* y *Cuentos del Exilio*.

SI USTED PRESTA SU ESPACIO EL ARTE SERA SU HUESPED

INVITAMOS A instituciones, empresas, bancos, compañías de seguros, cooperativas inmobiliarias, comercios, restaurantes, confiterías, entidades de bien público, etc. que cuenten con espacios con acceso al público.

El Programa Cultural en Barrios organizará en los mismos muestras de artistas plásticos de la Capital Federal.



Programa
Cultural
en Barrios

Dirigirse a Sarmiento 1551,
piso 11, Capital,
teléfonos 46-1251/59, int.
171, entre las 12 y las 19
horas.



Secretaría
de Cultura
Municipalidad
de la Ciudad
de Buenos Aires